



Capítulo I

El deseo de Dios

Mediante la observación de la historia contemporánea y la sociedad moderna, podemos constatar que las riquezas y la seguridad de este mundo no dan la paz ni la felicidad verdadera, mucho menos pueden llenar los vacíos que hay en nuestros corazones. Entendemos que ha existido una gran cantidad de personas que, a pesar de haber poseído todo lo que el hombre materialmente pudiera desear, han sido los individuos más desdichados y dignos de conmiseración. Vemos con tristeza como muchos reconocidos personajes, grandes artistas, políticos, estudiosos y científicos; personas quienes han poseído riquezas, sabiduría humana, fama y múltiples parejas; desafortunadamente han terminado sus vidas sumidos en vicios, con hogares destruidos y, lastimosamente, cometiendo suicidio.

En la actualidad contemplamos, con perplejidad, como en algunos de los países más desarrollados y con los mayores ingresos per cápita, paradójicamente, encontramos los índices de suicidio más elevados. Durante una estadía en Europa pude comprobar, a través de la lectura de ciertos trabajos estadísticos, como el uso de antidepresivos y ansiolíticos, en algunas regiones, se ha convertido en un problema de salud pública y como la incidencia de suicidios son una lamentable realidad, tanto en la población joven como en la senil. Definitivamente, la aparente seguridad y abundante provisión no han sido la respuesta para las almas agonizantes.

Por otro lado, nuestros países latinos no escapan de esta realidad porque, aunque nuestros problemas parecieran ser otros, las necesidades internas del individuo siguen siendo las mismas, cualquiera sea su condición. Nuestras almas necesitan ser saciadas y los vacíos espirituales suplidos, ya que no hacen distinción de raza, estatus social, ni situación geográfica

Ahora bien, damos gracias porque mientras que hay vida, hay esperanza. Esa

sensación de vacío no tiene por qué ser perpetua. Existe la medicina para estos padecimientos y una cura para esta sociedad enferma. **Blaise Pascal**, científico francés del siglo XVII, afirmaba que *“En el corazón de todo hombre existe un vacío que tiene la forma de Dios. Este vacío no puede ser llenado por ninguna cosa creada. Él puede ser llenado únicamente por Dios, hecho conocido mediante Cristo Jesús”*^(a).

Ninguna filosofía o religión creada por hombre, con todos sus argumentos, puede responder de manera veraz a las inquietudes planteadas en la sección anterior. Yo mismo no pretendo hacerlo, ya que solo pueden ser contestadas por Aquél que nos creó y entretejió en el vientre de nuestras madres. **Rick Warren** en su libro **“Una vida con propósito”** dice: *“Si yo te entregara un invento que nunca has visto, no sabrías para qué sirve ni tampoco el ingenio te lo podría decir. Solo el inventor, o el manual de instrucciones, podría revelarte, el propósito de dicho invento”*^(b). Parafraseando un poco esta idea, encontramos que la mejor manera de conocer la razón de ser de una obra es consultándole al artífice de la misma. Su creador es quién nos puede indicar claramente el objetivo para el cual la hizo, qué tenía en mente cuando la elaboró y cuáles son los planes que tiene para con ella. Siendo así, podemos afirmar que la única manera de conocer el propósito de nuestra existencia es acercándonos al Dios que nos formó.

En la Biblia, la Palabra de Dios, podemos conseguir esa guía que nos conduce al descubrimiento de nuestro Creador, de nosotros mismos y de nuestra razón de existir. Ella es lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestros caminos, según **Salmos 119:105**. Ella no solamente puede ser leída, sino que también tiene la facultad de leernos, ya que, tal como lo indica en **Hebreos 4:12**, la Palabra tiene el poder de discernir *“Los pensamientos y las intenciones del corazón”*. Ella es como un espejo y tiene la cualidad de mostrarnos cuál es nuestra condición actual y cuál podría ser la futura. No tenemos que andar como una nave sin rumbo, dejemos que ella se constituya en nuestro manual de vida y navegación.

Una sociedad enferma

La sociedad moderna no ha querido tomar en cuenta a Dios y está sufriendo las consecuencias de esta decisión. Lo han puesto de lado en las comunidades y en los hogares. Le han prohibido la entrada a las escuelas, liceos y universidades. No lo han querido tomar en cuenta en sus decisiones gubernamentales, sino que han legislado sus propias leyes y establecido sus propias reglas, muchas de las cuales son profundamente profanas.

Vivimos en un sistema que no solo promueve el pecado, sino que también es complaciente con aquellos que lo practican. Vemos en las redes sociales y en los medios audiovisuales como abundan la pornografía, el lenguaje vergonzoso y las crudas imágenes revestidas de violencia. Luego, cuando ocurren hechos violentos, niños matando a niños, guerras por doquier, violaciones y homicidios, el mundo descarga su ira contra Dios diciendo: *<Dios es injusto>*, *<Dios no existe>*, *<¿si Dios existiera por qué permite que pasen todas estas cosas?>*. Este tipo de situaciones cada vez se suscitan con más frecuencia, lo cual ha producido que muchos hombres se hayan endurecido, hasta el punto de declararse “ateos”. Esto no nos sorprende ya que Jesús lo había predicho en **Mateo 24:12**, donde dice: *“Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará”*.

Unos de los principales males que aqueja a esta sociedad es el llamado “relativismo moral”. Éste lleva al hombre a pensar que, en esencia, nada es bueno ni malo, sino que todo depende de la perspectiva de cada quien. Los valores se subordinan a los pareceres de cada individuo y son estos los que definen lo que es moralmente correcto. En consecuencia, los valores se han corrompido cada vez más y lo que queda de ellos es solo una sombra, una imagen borrosa y difusa.

En una oportunidad un compañero me dijo: *<nada es bueno y nada es malo. Todo depende del cristal a través del cual se mire>*. Recuerdo que le respondí: ¡Claro que existe lo bueno y lo malo! Esos parámetros son definidos por Dios, colocados en nuestras conciencias y escritos en su Palabra. Lo que ocurre es que muchos han decidido dar la espalda a su Creador y de este modo

sus conciencias han sido cauterizadas por el pecado, hasta el punto de hacerlas insensibles y no pueden hacer diferencia entre lo justo y lo injusto, o, a pesar de haberlo hecho, eligen la injusticia.

En los diferentes medios audiovisuales y en el internet, los valores humanos han sido radicalmente invertidos. A lo malo lo hacen parecer bueno y a lo bueno, malo. En las películas y series televisivas presentan al ladrón y al pistolero, como seres interesantes, atrayentes y exitosos. Los llamados vampiros y brujas dejaron de ser oscuros y perversos, y pasaron a ser joviales, jóvenes y sensuales; en fin, los héroes de la película. La figura de los padres consejeros ya ha sido exterminada de la mayoría de las series infantiles y juveniles y, cuando aparece, se la muestra como incomprensiva o “fuera de onda”. En esos programas, los adolescentes viven por su cuenta y establecen sus propias reglas y valores.

Algo similar ocurre con la figura del matrimonio. ¡Cuán vituperada y vapuleada ha sido! Para el sistema, ser un marido o una mujer fiel ya no está de moda. A todo esto, el Señor nos dice que hay un “ay”, un quejido, preparado para aquellos que tal hacen. *“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!”* **Isaías 5:20.**

El Señor nos invita a vivir en su reposo y a gozar de una paz verdadera, tal como en su momento lo hizo con su pueblo Israel, quienes no quisieron y vivieron las consecuencias de tal decisión. Él les refirió a través del profeta **Isaías 30:15** *“...En descanso y en reposo seréis salvos; en quietud y en confianza será vuestra fortaleza. Y no quisisteis”*. Se puede visualizar un escenario similar en el lamento de Jesús sobre Jerusalén, el cual reza: *“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!”* **Mateo 23: 37.**

De parte de Dios hay un ofrecimiento de paz, vida, confianza y fortaleza. De nuestro lado, debe haber una repuesta consecuente.

Reprogramando nuestras mentes

Recuerdo una canción muy famosa llamada “*El Último Beso*”^(c). Ésta fue escrita por Wayne Cochran, traducida al español por Omero González e interpretada por numerosos cantantes. Tiene un tono triste y para mi refleja un poco la actitud del hombre hacia Dios y lo que éste entiende de Él. Dice:

***“Íbamos los dos al anochecer,
oscurecía y no podía ver,
yo manejaba, iba a más de cien,
prendí las luces para leer
había un letrero de desviación
el cual pasamos sin precaución
muy tarde fue y al enfrenar
el carro volcó y hasta el fondo fue a dar”***

Y luego agrega en el coro:

***“¿Por qué se fue y por qué murió?
¿Por qué el señor me la quitó?,...”***

Analizando un poco el tema vemos que el conductor transitaba por una carretera muy oscura; sin embargo, iba a más de 100 km/h. Habían varios avisos a lo largo de la vía indicando un evidente peligro, mas él decidió ignorarlos y pasarlos sin ningún tipo de precaución. La conjunción de todos estos factores produjo que el carro se volcara y diera hasta el fondo de un despeñadero, suscitándose la trágica muerte de su pareja.

Lo que me sorprende de toda esta historia, y lo que quisiera destacar, es que esta persona no parece ver su cuota de responsabilidad en este lamentable incidente y se pregunta el porqué de lo sucedido. No conformándose con esto, va más allá y culpa a Dios de todo lo acontecido. De manera similar, el hombre sin Dios va a ciegas y no puede ver el final de la carrera desenfadada que le está llevando a la misma muerte. El Señor les coloca letreros a lo largo del recorrido para que pueda corregir su camino pero este ha decidido hacer caso omiso a estos llamados de atención. Al parecer no puede, o no ha

querido, entender que él es el principal responsable en la construcción de su destino y continúa acusando a Dios de las consecuencias de sus malas decisiones y su mal proceder.

Ahora bien, el Señor desea que cambiemos nuestra perspectiva en relación a su persona. Durante mucho tiempo se nos ha mostrado a Dios como un ser caprichoso, cuyo objetivo principal es el de castigarnos por cualquier falta cometida. Como un ser cuya voluntad se desconoce y muchas veces nos es contraria. Como una entidad impersonal que se encuentra en todos lados pero que, al mismo tiempo, está lejos de nosotros. ¡Nada más lejos de la verdad! La realidad es que Dios es un Padre amoroso. Sus pensamientos y sus planes para con nosotros son de bien y no de mal, y quiere darnos el fin que esperamos, conforme a su voluntad, tal como lo expresa **Jeremías 29:11**.

Cuando vamos al origen de todas las cosas y nos sumergimos en el libro de Génesis, observamos que lo primero que hizo Dios, después de crear al hombre, fue bendecirlo. Leemos en **Génesis 1: 28** *"Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra"*. El propósito del Señor para con el hombre ha sido siempre el mismo, desde que lo creó y por la eternidad. Él quiere bendecirlo y que éste señoree.

Entonces, es necesario renovar nuestro entendimiento para cambiar aquellas ideas acerca de un Dios caprichoso e inmisericorde y reemplazarlas por las que muestran su verdadero carácter y voluntad. Esta renovación únicamente es posible mediante el contacto íntimo con Él, a través de la oración y la meditación en su Palabra. De esta forma, podemos llegar a conocer y entender cuál es su voluntad que, según **Romanos 12:2**, es buena, agradable y perfecta; aun cuando, algunas veces, no la comprendamos.

Primeramente, debemos entender que no todo lo que acontece en este mundo está bajo el deseo y la voluntad de Dios. El Señor no quiere que nadie se pierda, ni que nadie perezca en la ignorancia. Él no desea la muerte del que muere, ni están en su propósito, según algunos piensan, los hechos violentos

y las desgracias que se suscitan en esta sociedad. Él no quiere nuestro dolor ni se complace en nuestro sufrimiento. En las Escrituras encontramos sus verdaderos deseos. Leamos:

Jeremías 29:11 *“Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis”.*

Ezequiel 33:11 *“Diles: Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva...”.*

1 Timoteo 2:4 El Señor *“... Quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”.*

Ahora bien, el Señor nos ha dado el precioso regalo del libre albedrío, la libertad de decisión. Libertad para escoger entre lo bueno y lo malo. Libertad para decidir volvernos a Él e invocar su Nombre o sencillamente darle la espalda y ser rebeldes. La Biblia enuncia en **Zacarías 1:3**: *“Volveos a mí, dice Jehová de los ejércitos, y yo me volveré a vosotros...”* y en **Deuteronomio 30:19** *“os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia”.*

El regalo más grande

El Deseo de todo buen padre es que sus hijos sean prosperados, tengan salud y les vaya bien todos los días de sus vidas. Ellos quieren darles y heredarles lo mejor de sí. Lamentablemente, en muchas de las relaciones padre-hijo, estos primeros no han reflejado ni el carácter ni el amor de Dios, por lo cual la figura paterna ha sido distorsionada y dañada en las mentes de un sin número de personas.

Cuando se nos habla de un padre lo primero que viene a nuestras mentes es la imagen de nuestro padre terrenal, y si esta imagen no ha sido buena se podría producir en nosotros un rechazo inconsciente hacia nuestro Padre celestial. Dios vino a sanar esta perspectiva y a traer perdón a nuestros corazones. Él quiere transmutar esa mentalidad y que nos acerquémonos a Él confiadamente y reconociéndole como nuestro Abba Padre, nuestro Papito.